



PLAZA DE LA CONCORDIA EN PARIS.

Esta plaza, que primero se llamó de Luis XV, después de la Revolución, y por último de la Concordia, es de una magnificencia sin igual, situada entre el jardín de las Tullerías que está al Este, y los Campos Eliseos, y el Arco del Triunfo de la Estrella al Oeste, teniendo al Sud el puente de la Concordia y la fachada del palacio de la Cámara de Diputados, al Norte el templo de la Magdalena, y un poco mas cerca el Guarda-muebles y hôtel de las Marinas; ofrece magníficos puntos de vista, además de que está decorada con un lujo maravilloso. En el centro está el obelisco de Luxor; y á derecha é izquierda, en la línea de la Magdalena y de la Cámara de Diputados, hay dos grandes y elegantes fuentes.

Del lado de los Campos Eliseos estan los caballos de mármol que han decorado por mucho tiempo el abrevadero de Marly. Los ocho pabellones que se ven en los ángulos de la plaza estan coronados con estatuas representando las ciudades de Lyon, Marsella, Burdeos, Rouen, Nantes, Lila, Strasburgo y Brest. Anchas aceras asfaltadas circundan a plaza, que está iluminada por la noche con grandes reverberos de gas, fijos sobre elegantes pedestales. Columnas rostrales y ricos candelabros, igualmente alumbrados por el gas, añaden mil atractivos al adorno de la plaza de la Concordia, que embellecida así por las órdenes de Luis Felipe, y terminada completamente en 1840, no tiene rival en Europa.

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

EL ARRABAL DE SAN GINÉS.

(Conclusion.)

Al estremo de la calle Mayor, en la acera de enfrente de este palacio, se fundó por Felipe II, á mediados del siglo XVI, el convento de padres agustinos calzados de *San Felipe el Real*, que ha existido hasta nuestros dias, en que fué derribado después de la esclaustracion, y sustituido por las suntuosas casas del señor Cordero. En dicho convento era notable, y merecia haber sido conservado, el claustro ó patio principal, obra de Francisco de Mora, bajo la traza de Andrés de Nantes; y era tambien célebre por la espaciosa lonja alta que corria delante de su fachada á la calle Mayor, conocida bajo el nombre de *las Gradas de San Felipe*, y tambien por *las Covachuelas*, á causa de las treinta y tantas tiendas de juguetes abiertas debajo de ella. Las Gradas de San Felipe, reunion de noticieros y gente desocupada, como ahora la Puerta del Sol, juegan un papel muy importante en las no-

(1) Véanse los artículos anteriores.

14 DE AGOSTO DE 1855.

velas de Quevedo, Velez, Torres, Zabaleta y demás escritores de las costumbres de los siglos XVII y XVIII.

El trozo de la *calle Mayor* hasta la puerta de Guadalajara ofrecía el aspecto de que aun hemos podido juzgar por el resto de caserío que ha llegado hasta nosotros, y sido sustituido en nuestros tiempos por otro mas elegante. Aquel caserío, destinado principalmente á tiendas y comercios, era en lo general de extraordinaria elevacion, con tres y cuatro pisos (cosa rarísima entonces en Madrid), aunque en tan reducidos espacios que apenas ninguna casa llegaba á tener mil piés superficiales, y muchas, las mas de ellas, no llegaban á cuatrocientos. Por bajo de sus pisos principales corrían los muy útiles aunque mezquinos soportales apellidados de *Manguiteros* y de *Guadalajara* á la derecha, y de *San Isidro* y *Pañeros* á la izquierda, que han ido desapareciendo después en su mayor parte con las nuevas construcciones; siendo lástima que no haya podido seguirse, por respeto al interés privado, el sistema de sustituirlos por otros mas elevados y espaciosos, como se empezó á hacer algun tiempo y se abandonó después, pues realmente su utilidad en una calle tan espaciosa y casi siempre bañada de sol, por su direccion de Oriente á Poniente, era incontestable.—En el portal llamado de *San Isidro* (que cayó hace pocos años), y en el sitio donde está la casa de baños del mismo título, se hallaba el pozo que segun tradicion abrió el mismo santo en una alquería ó casa de campo en que vivía fuera de la puerta de Guadalajara, una señora principal á quien llamaban Santa Nufía, por su gran recogimiento y virtud.

A la esquina de la calle de *Bordadores*, frente á la Mayor, existía tambien hasta hace pocos años, en que ha sido derribado y sustituido por un mercado y galería cubierta, la casa que fué profesa de los padres Jesuitas ó iglesia de San Francisco de Borja, que estaba ocupada desde la estincion de aquellos por los clérigos menores de *San Felipe Neri*, que tuvieron antes la suya en la plazuela del Angel. En este templo de San Felipe Neri, que era de muy buena forma, y no merecía ciertamente ser destruido sin necesidad, se hallaba colocado en su altar mayor el precioso cuerpo de *San Francisco de Borja*, duque de Gandía y marqués de Lombay, general de la compañía de Jesus y ascendiente de los duques de Osuna y de Medinaceli, que su nieto, el célebre duque de Lerma, primer ministro del rey Felipe III y después cardenal, hizo traer de Roma, para colocarlo en la iglesia contigua á su casa, sita en la calle del Prado, adonde ha vuelto á ser trasladada aquella venerable reliquia después de la estincion de las comunidades religiosas.

La *calle Mayor*, sin la interrupcion ya de la puerta de Guadalajara, y formando una sola y ancha vía con la de las *Platerías* y de la *Almudena*, ha sido, como es de suponerse, teatro de las mas espléndidas escenas de la corte y de la villa; las entradas, proclamaciones y desposorios de los reyes, las procesiones y actos públicos religiosos é históricos, han dado lugar en ella á las mas solemnes funciones, á suntuosos alardes de magnífico esplendor que sería prolijo relatar. Arcos de triunfo, remedo mas ó menos perfecto de los suntuosos del pueblo rey; doseles y colgaduras; magníficos altares y estrados; ricas y vistosas tapicerías, y hasta galerías de cuadros originales de nuestros grandes artistas, decoraron su ámbito y el frente de las fachadas de sus casas en ocasiones solemnes, desde que montados en sendas mulas ricamente ataviadas la atravesaron el César Carlos V y el rey de Francia su prisionero (después de restituida á este su libertad), porfiando cortésmente sobre cuál cedería la derecha, que al cabo tomó el emperador, hasta el último monarca D. Fernando VII en sus diversas entradas triunfales, y la reina actual Doña Isabel II en 1846, con ocasion de su matrimonio y el de la señora infanta con el duque de Montpensier.—En el siglo XVII además servía de paseo ó de *rua* para los coches y carrozas que encerraban á las altisopantes damas de la esplendorosa corte de los Felipe III y IV, y para los amartelados galanes, que á pié ó á caballo gustaban ostentar ante sus ojos su garbo y bizarría. A esta *rua*, que comprendía el trozo desde la Puerta del Sol á la de Guadalajara, se alude frecuentemente en los ingeniosos y caballerosos dramas de Calderon y sus contemporáneos.

Sabida es la venida del principe de Gales (después Carlos I de Inglaterra, que murió en un cadalso) á la corte de España en 1623, con el objeto de ofrecer su mano á la infanta Doña María, hermana de Felipe IV. Habiendo partido misteriosamente de Londres el 2 de marzo, acompañado solo del marqués de Buckingham y de algunos criados, llegó á Madrid de incógnito el jueves 26 en la noche, apeándose en la casa del conde de Bristol, embajador de S. M. B., que moraba en la calle de Alcalá, á quien sorprendió inesperadamente su arribo. Difundida la nueva al siguiente dia por la capital, y avisados de ella el rey y su gobierno, pasó á visitar al principe el conde-duque de Olivares, acordándose que aquella noche se viesen en el Prado S. M. y A., como así se verificó, apeándose los dos simultáneamente de sus coches y abrazándose con mucha cordialidad y cortesía; entraron en seguida ambos en el coche del rey y continuaron su paseo mas de dos horas. El domingo siguiente hubo *rua* ó paseo por la calle Mayor, á que asistió

gran concurso de principes y magnates en sus carrozas, y todas las hermosuras de la corte. Encubierto tambien en una de aquellas recorrió el paseo el principe de Gales, acompañado de sus embajadores y séquito, á todos los cuales saludaron desde la suya el rey, la reina, los infantes y la princesa Maria. Otros varios dias duraron las entrevistas confidenciales ó indirectas en los paseos y en las calles, y desde las ventanas de los palacios respectivos, hasta que se señaló para la entrada pública el domingo 26 de marzo, en que se celebró con la mayor ostentacion.

Las calles que dirigen desde la Mayor á la Plaza, y son conocidas con los nombres de la *Amargura*, de *Felipe III* (antes de *Boteros*), y el *callejon del Triunfo* (antes del *Infierno*), no merecen especial mencion. A espaldas de la Mayor, y entre ella y la subida de Santa Cruz á la Plaza, se formaba, y aun existe en gran parte, un laberinto de callejuelas y de apiñadas casas, dedicadas á tiendas y almacenes de comercio, muy semejante al recinto morisco titulado la *Alcaicería* de Granada. Los nombres de estas calles son de *San Cristóbal*, del *Vicario*, de *San Jacinto*, de la *Sal*, *Zapateria* de *Viejo* (hoy de *Zaragoza*), y de la *Fresa*.

El aprovechamiento estremado del sitio, la estrechez y elevacion de las fachadas, y el descuido absoluto del ornato exterior, llegan aquí á su colmo, si bien la decoracion que forma el alarde de telas de las infinitas tiendas de lencería, otros comercios, la sombría luz y la animacion mercantil las hacen ser por manera interesantes; especialmente la de *Postas*, que es la arteria central de aquellas ramificaciones, y en donde apenas hay un solo portal ni un palmo de terreno que no esté destinado á aparador de telas y mercancías, ofrece bajo mas de un concepto grande analogia y puntos de comparacion con el *Zacatin* de Granada, la *calle Llana* de Toledo, la *Rua* de Salamanca, la de *Orates* de Valladolid, la de *Escudellers* de Barcelona, la de la *Sierpe* en Sevilla, y la de *Juan de Andas* en Cádiz.—En cuanto á la distribucion interior de las mezquinas moradas de dichas calles, la Mayor, y generalmente las que servian de habitacion al vecindario en general, no se concibe ciertamente cómo en aquellos estrechísimos portales, ó mas bien profundas cavernas y callejones, en aquellas escaleras casi perpendiculares y sin átomo de luz, en aquellos aposentos reducidos y mal cortados, acertaban á penetrar y cobijarse los bizarros galanes del siglo XVII, con sus vistosas ropillas, capas, plumeros, gregüescos y valonas, y los tacones, tontillos y artificiosos tocados de las altivas damas del XVIII. Seguros estamos de que ocurrirá esta misma observacion á todo el que examine las casas particulares que aun se conservan de aquella época en sitios tan principales como la *Puerta del Sol*, *calle Mayor*, *Puerta de Guadalajara* y *Platerías*, y la única que ha quedado en pié (aunque ya muy corregida y aumentada), de la antigua Plaza Mayor, á cuyos balcones acudian de oficio á presenciar las fiestas de toros, cañas y torneos los magnates de la corte, los tribunales, los embajadores, la grandeza y la servidumbre real.—Pero esto de la *Plaza Mayor* es cosa demasiado importante para tocada por incidencia, y (como decia Cervantes) *capítulo por si merece*.

R. DE MESONERO ROMANOS.

PASEO POR ESPAÑA.

LÉRIDA.

Es Lérida capital de provincia, ciudad de voto en Cortes, cabeza del corregimiento y del partido de su mismo nombre, obispado sufragáneo de Tarragona, y plaza de armas de bastante importancia en el principado de Cataluña.

Se halla situada á los 41°, 35', 13" latitud Norte, y á los 4°, 8' y 5" longitud Este, al Occidente de la antigua provincia de Cataluña, y á dos leguas y media del reino de Aragon. Distá de Madrid 79 leguas, de Barcelona 28, de Zaragoza 24, de Tarragona, Solsona y Cardona 16, de Balaguer 5 y de Tarn 17.

El Segre, engrosado con las aguas de los dos Noguera, Pallaresa y Ribagorzana y otros riachuelos, baña con apacible curso los muros de Lérida por la parte oriental, riega copiosamente una espaciosa vega de 15 yugadas de tierra, trasporta trigo, hierro, madera, etc., y uniéndose luego al Ebro caudaloso, camina con él á entregarse al mar. La campiña es fértil y hermosa cual otra alguna, produce toda clase de granos, legumbres, frutas etc., y nada es tan admirable como la huerta de Lérida en los placenteros dias de la primavera y del estío. Solo pueden compararse con ella las de Murcia y Valencia. El trigo necesario al sustento del hombre, el olivo productivo, el fuerte nogal, el cerezo hermoso, el fértil manzano, la pampanosa vid, todo nace, crece y vive en esta deliciosa vega, que por otra parte pudiera aun ser mejor, si su excesiva abundancia no enmoheciese el carácter

de sus poseedores, que contando únicamente con lo preciso para su sustento, olvidan las utilidades de la aclimatación y de mas estenso cultivo.

La ciudad, ni interior ni esteriormente ofrece suficiente perspectiva para formar de ella un concepto agradable. Situada, como hemos dicho, en la orilla de un río y con una colina á sus espaldas, ha tenido que estenderse por los lados, presentando un frente de un cuarto de hora de estension. Rodéala una muralla casi inútil, con cinco puertas á que conducen los caminos de Barcelona, Zaragoza, Alto Aragón, Belaguer y montaña. Las calles son desiguales, á escepcion de la que corre desde la puerta de San Antonio á la de la Magdalena; las demás son muy penosas y solo dependencias de aquella. Contiene una plaza regular donde se celebran los mercados y las funciones públicas: llámanla Plaza Mayor ó de San Juan, porque está en ella la iglesia parroquial de este nombre. Encierra 22 iglesias, pocas de ellas notables, y algunas de ningún mérito. La catedral moderna es un edificio verdaderamente magnífico. La sacristía, el retablo del descendimiento de la cruz, obra como todas las demás de D. Juan Adán, y uno de los dos órganos contruidos por el famoso D. Luis Scherrer, capitán de milicias suizas, llaman particularmente la atención por su distinguido mérito: la fachada principal es majestuosa, y al poner el pié dentro de la iglesia queda uno absorto sin saber qué admirar mas, si la magnificencia de las tres naves, la elegancia de la arquitectura, ó el santo respeto que infunden aquellas elevadas bóvedas en que se fijan las miradas del observador.

El palacio episcopal, el seminario conciliar, el hospital civil y militar, el depósito de las aguas, y algunas otras casas particulares son los otros edificios mas notables que encierra Lérida. El depósito de las aguas merece atención solo por el objeto á que se halla destinado: consiste en un subterráneo y dilatado espacio embalsado, con dos filas de columnas que sostienen el llano superior, llamado la Plaza de los Gramáticos. Recibe las aguas por una pequeña acequia, y se distribuyen á las siete fuentes de la ciudad por conductos tambien grandiosos, pues por ellos puede recorrerse subterráneamente hasta el punto mas distante de la población: es obra todo del siglo pasado, de fuerte construcción, y puede contener agua para el abasto por cuatro meses.

El nuevo paseo hecho durante el gobierno del Excmo. Sr. D. Carlos Fabre Dánnoy, ha mejorado en mucho el aspecto de la ciudad, porque lo adornó con jardín, estatuas, surtidores y asientos; y aunque la agradable campiña ofrece paseos por todas partes y en todas direcciones, aquel es el solo que merece verdaderamente el nombre de tal.

La población de Lérida asciende á 20,000 almas con corta diferencia. No se cuentan en su recinto otras fábricas que de jaban, aguardiente, curtidos, vidriado, una de papel de estraza y otra de cuerdas de violín. Labradores todos sus habitantes, á escepcion de los empleados, eclesiásticos y dependientes del tribunal de justicia, no se avienen con otra cosa que con la agricultura. En nada les importa que progresen ó no las artes y ciencias, porque su inclinación no es industrial. Así se ven en Lérida tan pocos artesanos que merezcan nombradía. El comercio se halla reducido á los mercados semanales y al tráfico por menor.

Nada mas descuidado hasta ahora en Lérida que la instrucción y diversiones públicas. Ambos ramos se han considerado quizás de poco interés, y esta consideración ha sido indudablemente causa de la falta de moral y de civilización que se advierte en esta parte de España. El que con la instrucción favorece sus luces naturales, ni es tan propenso á saltar la línea de sus deberes, ni se preocupa dejándose arrastrar á la seducción tan fácilmente como los habitantes de este país. ¿En qué consiste sino en esto, que la capital presente un catálogo de criminales mucho menor que el de los pueblos donde ni aun se sabe que pueda mejorarse la educación? Nadie puede formarse una idea exacta del estado en que se encuentra la instrucción pública en la provincia de Lérida sino el que la haya recorrido ó viva en ella. Las diversiones públicas contribuyen no poco á la ilustración de los talentos, y á establecer las virtudes que echamos menos en los corazones de tantos hombres. Mientras en Barcelona, el teatro, los paseos y las fiestas particulares enseñan, civilizan y divierten al artesano y al caballero, en Lérida las tabernas y los juegos prohibidos acaban de corromper los ánimos y desarraigar las semillas de ilustración que el progreso del siglo ha de eflorar forzosamente doquiera que los hombres formen sociedad.

Inveterada en este país la rusticidad por preocupaciones de centenares de años, y arraigada fuertemente en todos los pechos, el cuidado y esmero se ha de dirigir, no á destruir estas preocupaciones, porque ya es imposible en la generación presente, sino á evitar que preñan con tanta raíz en la que nace, procurando inculcar máximas que por evidencia contrapesen el prestigio de la antigüedad de los reinantes. De ningún modo puede esto conseguirse mejor que estableciendo ampliamente la instrucción popular, planteando escuelas en que se regu-

larice la educación, y proporcionando diversiones que enseñen la virtud y la moral.

Por otra parte, el carácter de estos paisanos es sencillo hasta el extremo, y sus costumbres participan de esta sencillez; costumbres que raramente se alteran, y que no es fácil cambiar porque no se han formado en esta generación ni en la pasada, sino que las dejó en el país la dominación árabe, y conservan aun el carácter de tales.

Célebre Lérida en la antigüedad por el papel que le cupo representar en el drama de las conquistas y usurpaciones de los romanos, en las disensiones de los reyes de España, por sus nobles hechos, por su ilustración, hoy injustamente figura bien poco en el mapa español. La historia no alcanza la época de su fundación. Unos celtiberos la habitaron primeramente, denominándola Ilerda, de su apellido Ilergetes, constituyéndola capital de sus pueblos, y fijando en ella la residencia de sus jefes ó régulos. Presenció las guerras entre cartagineses y romanos, alternando entre ambas potencias, y haciéndose ora amiga de los primeros, ora partidaria de los segundos, hasta que estos la subyugaron haciendo perecer á los últimos régulos Mandonio é Indivil, víctimas de sus esfuerzos para lograr la independencia de su país. Los generales de Pompeyo la quitaron su nombre primitivo, dándole el de *Mout-publica*, que conservó hasta que César, viniendo sobre ella, la llamó otra vez Ilerda, concediendo á sus moradores muchos privilegios.

Strabon, Ptolomeo, Plinio, Lucano, César, Tito Livio y otros muchos autores célebres de la antigüedad hacen honorífica mención de Ilerda, á la cual nombran tambien Athanagia: algunos han creído que este es el apellido antiguo de Tárrega ó Manresa; pero nosotros, con Mr. de Marca, preferimos creer que aquel nombre significa lo mismo que el de Ilerda, porque ningún autor habla de la destrucción de Athanagia, y es inverosímil que se hubiera ocultado á los historiadores una capital que hubiese sido destruida por un sitio ú otra cualquiera revolución notable.

Las guerras civiles entre César y Pompeyo comenzaron por la sangrienta batalla de Lérida el año 704 de Roma. A la vista de ella, Petronio y Afrania, lugar-tenientes del segundo, contuvieron durante muchos meses al formidable ejército cesariano. En las llanuras á ella inmediatas las tropas de ambos caudillos trabaron reñidísima batalla, que si no tan memorable como la de Munda, que decidió la suerte de sus partidos, es muy célebre en los fastos históricos. El emperador Octavio dió á Lérida el título de Municipio, con el derecho de batir moneda; y ya tenia entonces nombradía, y era considerada como una de las poblaciones de mas comercio y literatura, en tanto que los romanos la preferían para vender en ella sus libros. Como la navegación del Segre al Ebro y de este al mar debía producir necesariamente un tráfico continuo, aumentaron de modo los habitantes de esta ciudad, que no cabiendo ya en su recinto se vieron obligados á estenderse por el país circunvecino, fundando varias poblaciones, de que no nos queda noticia individual. No obstante, Ptolomeo cita como fundación de los Ilergetes á Bergasia, Subcosa, Gallica Flavia, Orgia, Belgidum, Celsa, Osca, Burtina, Erga y otros, cuya situación particular no fija, y que por lo mismo ignoramos. Los mapas de Mr. d'Auvillie sitúan los pueblos Ilergetes después de los vascos, que los limitaban por Occidente, haciéndolos confinar con los montes Pirineos y los pueblos cercanos al Norte, el Ebro y los edetanos al Mediodía, y los lacetanos al Oriente.

No menos célebre se nos presenta Lérida en tiempos menos remotos: dominada por los godos, subyugada por los sarracenos, que la llamaron *Lerda*, en 716; conquistada por Ludovico Pio en 791; reducida segunda vez al poder de los moros, y sitiada en vano en 1123 por el rey D. Alfonso el Batallador, fué restaurada por D. Ramon Berenguer, rey de Aragón y Cataluña, en 1149. En 1410 sufrió no pocas calamidades con motivo de las disensiones entre los bandos de los Cercomes y Navés. Sublevóse á breve tiempo contra su soberano D. Juan II, siguiendo el partido de su hijo el príncipe de Viana; pero un estrecho sitio de sesenta y siete días, en que las tropas reales apuraron todos los medios para rendirla, y en que esta plaza sufrió un hambre cruel de que hay pocos ejemplares, la hizo volver á su deber, y el rey entró en ella el 6 de julio de 1464.

Mas valiente se manifestó aun esta orgullosa ciudad, y mayores fueron sus contratiempos, en la guerra insurreccional encendida en Cataluña á mediados del siglo XVII. El brillante ejército del marqués de Leganés desmayó á vista de sus muros cuando se dirigió contra ella en 1642, y á pesar de ventajas conseguidas en una acción parcial, no se resolvió á formalizar su sitio: hizo lo D. Felipe de Silva después de dos años; pero no lo terminó hasta pasados tres meses, y á costa de mucha sangre, grandes sacrificios, y mediante muy honrosa capitulación. El rey Felipe IV, que pasara en persona á dirigir el sitio, entró triunfante en Lérida el 7 de agosto de 1644. Las armas francesas la cercaron en vano para recuperarla en los años 1646 y 1647, dejando eclipsado el crédito que en otras campañas había ganado el conde de Harcourt, que vió durante siete meses ser insuficiente contra Lérida su formidable ejército de franceses y catalanes; y en treinta y nueve días

el héroe de la Francia, Condé, no pudo conseguir mas que dar nueva gloria á la arrogante plaza.

Finalmente, en 1707 padeció otro nuevo sitio por un ejército francés al mando del duque de Orleans, y tan impotentes hubieran sido los esfuerzos de este jefe como lo fueron los de Harcourt y de Condé, si después de dos meses la falta de viveres y de agua no precisara al noble gobernador, Enrique d' Armstad, á rendirse; pero con el permiso para que la guarnicion de dos mil hombres saliese libre con todos los honores de la guerra; bajo cuya condicion, y otras no menos honrosas, el rey Felipe V ocupó á Lérida el 21 de noviembre del mismo año.

No fueron solos hechos de armas los que dieron celebridad á la antigua Lérida. Hemos visto cuánto la apreciaban los romanos por su literatura y comercio. De siglos muy remotos tuvo universidad literaria, que destruida por las guerras de los mismos romanos, y restablecida en 1500 por D. Jaime el II, con prohibicion absoluta de que se estableciera estudio general en otra parte, fué trasladada á Cervera por el señor D. Felipe V. Esta universidad produjo esclarecidos varones y famosos literatos. En ella recibieron sus grados S. Vicente Ferrer y el pontífice Calixto III. Los reyes de Aragon residieron en Lérida algunos años, y aun se conoce una parte del actual castillo principal con el nombre de palacio del rey D. Jaime: en su catedral antigua se conservan muchas apreciables inscripciones y antigüedades, entre ellas los sepulcros del rey D. Alfonso IV, de los condes de Cardona, de D. Luis Requesens, de D. Nicolás Morateli, de un hijo de D. Pedro el Católico, y otros cuyos huesos se trasladaron á la catedral nueva. En Lérida se han celebrado congresos: el mas notable fué el de 1246, tenido para ventilar el derecho que el rey D. Jaime II tenia sobre la corona de Ma-

llorca; Cortes, en las que tiene voto, y finalmente concilios; de los cuales son notables en la historia el celebrado bajo el reinado de Amalarico, en 8 de agosto de 584, en el cual se hicieron diez y seis cánones sobre la disciplina, segun lo refiere Fleuri en su historia eclesiástica; y el otro, de que hace mencion Mariana, tenido en setiembre de 1246, para levantar el entredicho que el papa Inocencio III habia puesto á Aragon, y reconciliar con la Iglesia al rey D. Jaime I, imponiéndole diferentes penitencias.

Las Cortes mas célebres juntadas en Lérida son las de 1214, presididas por el legado del papa, en las que D. Jaime I fué jurado rey de Aragon no contando aun diez años. Las de 1218, en las que este monarca terminó sus diferencias con su tio el conde de Provenza; las de 1274 y 1275, convocadas tambien por D. Jaime I para acallar las pretensiones de los ricos-hombres de la corona; las de 1336, en que con preferencia á Barcelona se prestó juramento de fidelidad al rey Don Pedro IV, y las de 1337, que congregó este para resolver la guerra contra Castilla y las asistencias que debian darse á Cataluña.

Una paz de un siglo habia curado los infortunios que dos guerras encarnizadas y cuatro sitios crueles, en el corto espacio de sesenta años, habian acarreado al valeroso pueblo de Lérida, cuando el levantamiento de 1808 le empeñó en otra lucha mas sanguinaria y desoladora que las antecedentes. La ciudad habia recobrado su antiguo esplendor; sus edificios estaban reparados; habianse construido otros; su agricultura, su comercio, su poblacion, su industria, se hallaba en un estado de prosperidad envidiable; y ahora..... ¡lamentemos los efectos de las guerras!!



ASTRONOMIA.

LA LUNA.

La luna crece, mengua y se disipa cada mes, y da vuelta en el espacio en sentido opuesto al movimiento general. Mientras que cada dia parece salir y ponerse como los demás astros, desde Oriente á Occidente, deja adelantarse á las estrellas, ó mas bien retrocede trece grados; y este movimiento particular, por medio del cual la luna se retira poco á poco hácia Oriente, durante el mismo espacio de tiempo que como los demás astros tarda en ponerse, se llama movimiento periódico; movimiento real, peculiar á este planeta. Durante el espacio de veintisiete dias y ocho horas, la luna, que habrá pasado cerca de alguna hermosa estrella, se aparta, se aleja, da la vuelta al cielo, vice-versa del movimiento diurno ó comun, y revuelve al cabo de veintisiete dias, hasta colocarse al lado de la propia estrella.

Cuando la luna da toda su vuelta en el espacio, tornando al lado de la misma estrella, no por eso revuelve del propio lado que el sol, porque durante veintisiete dias el sol avanza en un círculo de veintisiete grados hácia Oriente; volviendo á encontrarse la luna en conexon con el sol, ni mas ni menos que se ha encontrado al principio del mes: esta vuelta hácia el sol se realiza en veintinueve dias, doce horas y cuarenta y cuatro minutos.

La aparicion de las fases ó diferentes figuras de la luna se verifica

durante el mismo intervalo: esto es lo que se llama mes lunario.

La luna aparece llena cuando se muestra con referencia á nosotros con el directo reflejo del sol, que la dirige cuando se halla bajo nosotros.

Si el sol está de costado, se refleja en la luna del mismo modo, y no es posible que veamos mas que la mitad del reflejo: la luna así aparece en cuarto. Si el sol se encuentra mas alto que la luna, alejado de modo que esta se halle en medio, la envia tambien su reflejo; pero entonces nosotros no lo advertimos, porque el reflejo está del lado opuesto á la faz que la luna nos presenta: así la luna es invisible hasta que después de algunos dias aparece con la forma de luna nueva.

Después de haber totalmente desaparecido por espacio de tres ó cuatro dias, la luna reaparece durante el crepúsculo, al Occidente, al terminar la postura del sol, en la forma de cuarto creciente, con las puntas vueltas hácia lo alto, en oposicion al sol. Esta primera aparicion es la *Neomenia* ó *Novilunio*, que festejaban los antiguos de todas las naciones. La luna continúa avanzando hácia el Oriente por movimiento propio, y se aumenta en brillo: su creciente es mas considerable: poco á poco forma semicírculo, y aparece en cuarto cuando se aleja 90 grados del sol. Esto se llama el *primer cuarto*. Siete ó ocho dias después se presenta llena, redonda y luminosa; y brilla durante la noche entera, elevándose desde que se pone el sol; comprendiéndose perfectamente que el sol está opuesto á ella, intermediano la tierra.

Los siguientes dias la luna va perdiendo poco á poco su brillo, su duracion y su disco aparente: levántase mas tarde; solo alumbra la mitad de la noche, y de nuevo presenta un círculo que solo brilla en la mitad: este es el *último cuarto*. Algunos dias mas tarde, conti-

nuando en su aproximación al sol, es solo un creciente que aparece por la mañana hacia el Oriente antes del amanecer, las puntas hacia lo alto, en oposición al sol; pero desvaneciéndose poco á poco así de brillo como de cuerpo, se pierde entre los rayos del astro soberano, desapareciendo totalmente.

ANTIGUEDADES DE GALICIA.

SEPULCRO DEL ALMIRANTE CHARINO

EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO DE PONTEVEDRA.

La conquista de Sevilla en el siglo XIII, así como la prisión de Francisco I en la batalla de Pavia, han sido origen de esforzadas polémicas históricas sobre la adjudicación del triunfo de Galicia ó Vizcaya y Cataluña. El rompimiento del puente de barcas sobre el Gua-

dalquivir es disputado entre Ramón Bonifax, natural de Burgos, y Payo Gomez Charino, natural de Pontevedra. En la batalla de Pavia, gallegos y catalanes custodian al monarca francés, cuya espada pertenece al valeroso Pita da Veiga. Los cronistas y anticuarios buscan los privilegios de los archivos y los monumentos arqueológicos de las ciudades, para justificar el merecido renombre de los héroes. El P. Gándara repara la omisión de algunos escritores españoles, publicando en su obra *Armas y triunfos de Galicia*, el privilegio dado por el emperador Carlos V al gallego Pita da Veiga, por la prisión de Francisco I de Francia: en vista de este documento copiado literalmente, solo se puede apelar á la calificación de apócrifo para ofrecer á Cataluña la gloria que le pertenece á Galicia. Por nuestra parte buscamos en la iglesia de San Francisco de Pontevedra el sepulcro de Payo Gomez Charino, para que el dedo de lo pasado guie nuestras miradas en la lectura de la antigua inscripción que atribuye al quinto almirante de España la atrevida y peligrosa tentativa de romper el puente de barcas que ponía en comunicación á Sevilla con el barrio de Triana. Esta empresa no menoscaba ni destruye la gloria del jefe de la flota armada en Vizcaya y reforzada en Galicia, así como también respeta



el noble y patriótico alarde de Santander que ha llevado al escudo de sus armas la copia de la principal embarcación construida en su muelle, para formar parte de la escuadra conquistadora. El escesivo celo de algunos cronistas ha imposibilitado el prudente y razonado deslinde histórico en los sucesos de merecida nombradía, porque han creído equivocadamente que establecer las graduaciones naturales de las conquistas, de la inteligencia ó del valor, equivalía á autorizar una viciosa participación de gloria. Bien habrá podido suceder que Ramon Bonifax, jefe de la flota dirigida contra Sevilla, se haya distinguido por su pericia y arrojo; también merecerá un lugar distinguido en esta conquista memorable el astillero donde se ha construido la capitana de la tripulación; empero la memoria del aguerrido burgalés y el recuerdo del arsenal de Santander no pueden menoscabar el esforzado arrojo de Payo Gomez Charino, jefe de los mareantes de Pontevedra. La experiencia ha confirmado que los acontecimientos públicos son llevados á cumplido término por diversas circunstancias que el valor ó a inteligencia saben utilizar con arriesgada fortuna. Cada cual ocupa su posición: todos son dignos del renombre perpetuado

entre las generaciones venideras. Algunas veces el héroe no es mas que el realizador de un sistema debido al oscuro veterano, y la temeridad alcanza el laurel de la victoria, cuyas hojas no tocarían el cálculo y la prevision. Bonifax sería la cabeza que dirigiria con su pensamiento la peligrosa empresa de interrumpir las relaciones de los moros de Sevilla y el barrio de Triana: Gomez Charino sería el nervudo brazo que habrá desatado con resuelto coraje el puente de barcas. Después del triunfo se recordaria el arsenal de Santander por la capitana de la flota, como el símbolo de la victoria que han procurado inmortalizar la Sevilla cristiana y los puertos de Santander y Pontevedra.

Busquemos en las crónicas y nobiliarios la relación genealógica del almirante Payo Gomez Charino, y recordemos los festejos públicos que han perpetuado entre nosotros su memoria, antes de presentar á nuestros lectores, como una medalla arqueológica, la descripción de su sepulcro, cuya copia estampamos al frente de este artículo.

Los historiadores españoles están acordes en la organización de la flota y en la participación que han tenido los mareantes de Ponte-

vedra en la conquista de Sevilla. Ramon Bonifaz, ciudadano de Burgos, organizó en Vizcaya una armada compuesta de trece naves de guerra, por orden de San Fernando, y al doblar el cabo de Finisterre se le reunió Payo Gomez Charino con las embarcaciones que había tripulado en Pontevedra. El rey fijó sus reales en Tablada, y entregó el mando de las tropas, acampadas en la aldea de Alfarache, al maestre de Santiago, D. Pelayo Perez Correa.—Ortiz de Zúñiga (1) asegura que la toma del puente de barcas que unía el barrio de Triana con Alfarache, reforzando sin interrupción las fuerzas de los moros, fué propuesta por San Fernando á Ramon Bonifaz y á otros pláticos de el ministerio náutico. «Tenían los moros de Sevilla, refiere la crónica, una puente de madera fecha sobre barcas amarradas con muy recias cadenas de hierro por do pasauan de Seulla á Triana y á toda aquella parte de el río.» Entonces se armaron dos naves para que favorecidas por el viento, rompiesen el puente con el choque de las proas. Estas dos barcas, segun la tradicion que se conserva en Pontevedra, pertenecian á los mareantes de Galicia. Era el 3 de mayo de 1247. Los bajeles de remo y vela presentaron sus proas revestidas con planchas de hierro, y entre el fuego que los dirigian desde el mismo puente, el arsenal y el castillo de Triana, rompieron la cadena que sujetaba las barcas y facilitaron la gloriosa conquista de Sevilla. Los naturales de Galicia cooperaron por mar y tierra á esta celebrada victoria. Oigamos el mencionado análisis de Sevilla.—«D. Juan Arias, arzobispo de Santiago, á el ejemplo de otros prelados que personalmente asistian á este famoso sitio, vino á él, con una lucida compañía de caballeros gallegos con que se alojó cerca del arroyo Tagarete, azia aquella parte, que anegando sus aguas el prado de Santa Justa, los vapores que levanta el sol en el verano, llenan de humedad nociva el aire, con ofensa de las cercanas habitaciones.»

El rompimiento del puente de barcas fué el precursor de la entrada de los soldados cristianos en la ciudad morisca. Ramon Bonifaz, para quien había instituido S. Fernando en 1246 la nueva dignidad de *Almirante de mar*, que después los reyes proveyeron siempre... en caballeros de las mas principales casas de sus Reynos y mas experimentados en negocios de Navegacion,» (2) realizó el pensamiento del monarca entre los peligros de la guerra y los temores de la indecision. Su capitana, fabricada en Santander, ocupó desde 1248 uno de los carteles del escudo de esta ciudad (3), y el cabildo de Sevilla copió esta embarcacion en el primer sello con una imagen de la Virgen en la proa y la señal de la cruz en la gavia. En uno de los jeroglíficos que decoraban el monumento levantado en la catedral de Sevilla para solemnizar en 1671 la canonizacion de S. Fernando, se pintó un bajel de velas hinchadas, con coronas reales en las gaviyas, en medio de resplandores, atravesando el Guadalquivir para romper el puente de barcas de Triana, con este mote, alusivo al nombre del rey:

*Fer-nando salutem
Baxel de curso tan fiel
Que dió la salud nadando
Llamariase Fer-nando.*

Después de diez y seis meses de asedio entró S. Fernando en Sevilla el 2 de diciembre de 1248.

Las naos, que desde entonces precedieron anualmente á la procesion del Corpus en Sevilla y Pontevedra, y la supresion de los derechos de anclaje, que fué respetada entre los marineros de ambos puertos, revelan la decisiva parte que los mareantes gallegos han tomado en la conquista realizada por el monarca católico.

(Continuará.)

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PORTE PRIMERA.

(Continuación.)

Nuestro héroe, al verse engalanado de este modo, no espermentó la alegría propia en un joven de su edad, comprendiendo acaso la vulgaridad de sus ridículos atavios, y se dirigió hácia T... sin dema-

siada prisa ni curiosidad, vibrando una larga vara que el pastor de su casa había llenado de labores á manera de jeroglíficos. No obstante, cuando llegó á la plaza del pueblo, quedose sorprendido viendo la multitud que la inundaba; pues debemos advertir que, sea por cordedad de genio ó indolencia, ó por ambas cosas reunidas, Mario jamás había traspuesto la colina á cuyo pié el lugar está fundado, mediante á que los dias de misa de precepto asistia en compañía de Marciana á la que se celebraba en la capilla del cementerio, fundada hacia muchos años por uno de los antepasados del propietario de la quinta de que hemos hablado al principio de esta historia: no se debe pues estrañar su asombro, supuesto que nunca había visto tanta gente reunida.

Sin embargo, se adelantó resueltamente, y después de penetrar en la iglesia á duras penas, y permanecer allí un momento, salió á la plaza y se confundió con la multitud. Unos cuantos mozos y otras tantas aldeanas improvisaron un baile al son de un clarinete y un violin que tocaban dos de esos músicos vagabundos, que desde las márgenes del Rhin se estienden por toda la Europa, y Mario estuvo un rato observando esta danza, notable solo por su monotonía, pues consiste únicamente en alzar los piés á compás, sin moverse casi de un mismo sitio; pero como no hallase en el baile, en el bullicio de la gente, ni en los gritos de los vendedores de rosquillas de azafran, las diversiones de que Marciana le hablara, dejó el pueblo, y volvió á su casa tan triste y cabizbajo como había salido de ella.

Marciana le abrumó con sus preguntas, y sacó en consecuencia que el pobre joven se había fastidiado de muerte; mas no queriendo achacarlo á idiotismo, y no pudiendo persuadirse de que Mario fuese un tonto, como afirmaban las pocas personas que le conocian, le aconsejó volviese por la tarde al lugar y tomase una parte mas activa en las diversiones populares.

El joven, sin comprender demasiado lo que le decía, se encaminó á T... segunda vez, á la hora en que el toque de las campanas anunció la salida de la procesion, y llegado que hubo, presencié con la misma indiferencia de por la mañana todas esas ceremonias sencillas y ridiculas á la par de las funciones de aldea. Acabada que fué la funcion de iglesia, comenzó el baile en la plaza del pueblo á la puerta de la casa del alcalde que le presidia sentado gravemente en un banco al lado del cura párroco, y rodeado de las personas mas notables del pueblo; pero esta vez no era un baile parcial como el de por la mañana, sino una diversion general en la que tomaban parte casi todos los mozos y todas las jóvenes del lugar. La orquesta, tambien mas brillante y animada, se componia de un violin, añaiado no muy mal por el secretario de ayuntamiento, de una guitarra rascada no muy bien por el barbero, de una flauta que soplabá el sacristan, y de unos platillos que golpeaba el herrero con notable brio y destreza; y al compás de esta música estrepitosa danzaban aquellas gentes con la mayor alegría, olvidando la vida de trabajos y privaciones á que la fortuna los había destinado.

Mario se aproximó al corro del baile, que ocupaba casi toda la plaza, observó los movimientos de la danza, hizo por aprender las palabras con que los mozos sacaban á bailar á sus parejas, y fijando la atencion en una graciosa morena de quien al parecer nadie se acordaba, llamó en su auxilio los consejos de Marciana para vencer su timidez, y se acercó á ella murmurando torpemente las frases de estilo. La aldeana le miró sorprendida; mas luego, observando el ridiculo traje de nuestro héroe, y su rostro turbado y casi estúpido, prorumpió en una estrepitosa carcajada, cuya hilaridad vino á aumentar un robusto moceton, amante de la joven, que por una fatal casualidad conocia á Mario de verle trepar por los cerros, el cual, con voz fuerte y afectando un grotesco respeto, exclamó:

—Buenas tardes, señor Mario el tonto.

Cuyas palabras, hallando eco entre la multitud, fueron repetidas, especialmente por los muchachos, que gritaron muchas veces: «buenas tardes, señor Mario el tonto,» entre las zumbas y chanzas mas groseras.

Imposible seria espresar lo que pasó en el corazon del joven durante aquellos instantes en que se vió objeto de la atencion general. Su genio altanero é impetuoso, única herencia de su padre, se exaltó en él hasta un grado indecible; sus ojos se turbaron; su frente, orejas y mejillas abrasaban como si las aplicasen carbones encendidos; vibró su vara con un movimiento convulsivo, é iba á lanzarse contra aquella muchedumbre para desahogar en ella la rabia que le devoraba, cuando afortunadamente el pastor de su casa, que le había visto desde lejos, y conocia los arrebatos de su genio, se acercó á él, y cogiéndole por el brazo le sacó de entre la gente en un estado de cólera y exaltacion inesplicable.

El viento de la noche refrescó su cabeza, y entonces, sin pronunciar una palabra ni detener su marcha un solo instante, se alejó del pueblo, maldiciendo la hora en que puso los piés en él, evocando un recuerdo de odio contra sus habitantes, y aun espermentando cierto

(1) Anales ecles. y secul. de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla.—Libro I. Era 1285. Año de 1247 (Madrid, 1677).

(2) Salazar de Mendoza en su obra «Monarquía de España.»—Tomo I.—Lib. II. Cap. VI. (Madrid—1770.)

(3) Segun Moya (Bisgo heróico, declaración de las empr. armas y blasones con que se ilustran y conocen los princip. reinos, prov. ciud. y villas de España) esta ciudad tiene un escudo partido: en el primero una nave sobre aguas, y en el segundo un castillo sobre oro.

movimiento de disgusto contra Marciana, causa primordial aunque inocente de su humillación.

De vuelta á su casa sufrió las preguntas de aquella en un obstinado silencio; pero todavía tuvo que pasar por nuevas contrariedades, porque su padre, que había presenciado el lance, y que aquella noche se retiró mas temprano que de ordinario, soltó acerca de él irónicas chanzas, que Mario devoró llamando en su auxilio todo su desdénoso menosprecio.

Marciana, que supo después por el pastor cuanto había sucedido, nunca, desde entonces, le instó para que volviese al pueblo; de modo que el joven pasó aun otros dos años sin salir del bosque donde naciera, durante los cuales las cosas siguieron en el mismo estado que anteriormente, sin otra diferencia mas que de día en día la anciana, que rayaba ya en su sétimo lustro, se encorvaba hácia la tierra, mientras que el ejercicio y el aire de las montañas desarrollaban poco á poco el físico, ya que no la inteligencia del adolescente. No obstante, en la época en que comienza esta historia, y á pesar de su vida campestre, Mario era pequeño, delgado, nervioso: sus cabellos negros y enrespados caían sobre la frente, ocultando casi sus ojos de color indefinible: el de su rostro, pecho y brazos se ignoraba cual era; tan curtidos estaban por la acción del aire y del sol; y finalmente su aire de abandono y el desaliño de su vestido indicaban la tristeza é indolencia de su carácter.

III.

Un encuentro.

En un hermoso día de primavera, Mario, según su costumbre, se levantó con el alba, y después de desayunarse en compañía de Marciana salió de su casa con objeto de llevar el almuerzo al pastor, que á la sazón hacía sestar su ganado en lo alto de los cerros, y aprovechando el buen tiempo, por evitarse el trabajo de volver todas las noches á la alquería, pernoctaba en el campo, donde había construido un pequeño chozo para sí y un redil para las ovejas.

Corrían los primeros días de junio, y hacia ya mucho tiempo que los prados, valles y montañas habían adquirido todo su verdor y lozanía.

La mañana estaba tan templada, tan pura, tan serena, que aun cuando nuestro héroe gozaba con frecuencia de este espectáculo, no pudo menos de prorumpir en un grito de júbilo y admiración. Imposible sería dar una idea de la transparencia de la atmósfera: había en ella otra cosa mas impalpable, mas ligera que el aire, mas sonora que la brisa y que el susurro de los árboles y corrientes campesinas, mas perfumada que las emanaciones de las plantas y de las flores: una esencia ideal y suave que se identificaba con el éter, con la sávia, con el prisma, ó que mas bien era el conjunto de todas estas cosas.

El cielo, ligeramente velado por nubes blancas y de color de rosa, mostraba á través de ellas un azul claro, que junto á la cima de los montes tomaba tintas mas sombrías y menos suaves. El sol inundaba ya con su fuego las cumbres mas elevadas, é iluminando las copas de los olivos, hacíalas parecer de plata, en tanto que las ramas próximas al tronco ostentaban un verde áspero y oscuro. Grandes sombras reinaban todavía en el fondo del valle, que parecían mayores á causa de la viva luz que doraba las alturas. Las golondrinas comenzaban su tortuoso vuelo, los vencejos atravesaban por el espacio con las alas casi recogidas y rápidas como una flecha, los mirlos se posaban sobre los vallados, y las alondras se cernían en el aire ó volaban formando grandes círculos verticales.

Mario se internó en el bosque gozando de este espléndido panorama. Nunca había hallado tantos encantos en las maravillas de la naturaleza: parecía que su alma, adivinando las inmensas sensaciones que habían de agitarla aquel día, se preparaba de antemano á ellas, al modo que los neófitos de las antiguas sectas se purificaban intelectual y materialmente antes de ser iniciados en sus misterios.

El joven marchaba despacio, costeando la margen del riachuelo que atraviesa el valle, cuando se detuvo sorprendido á vista de un objeto inesperado y casi nuevo para él. Una yegua negra, de corta alzada, estampa esbelta, largo cuello y cabeza amantillada y pequeña, atada á las ramas de un olmo por medio de dos cordones de seda que la servían de brida, rumiaba tranquilamente la yerba fina y tierna que verdeaba el prado, tronchando al mismo tiempo con sus descarnados piés las campanillas y margaritas silvestres que la matizaban. Una pequeña silla de tablete con una especie de media luna en su arzon delantero, y un solo estribo al lado derecho, constituían el arreo de aquel noble animal, cuyo origen árabe hubiera conocido otro mas inteligente que Mario, el cual sin embargo notó la diferencia que mediaba entre esta elegante cabalgadura y los rocines de la aldea.

Esta fué la impresión primera, la primera revelación, digámoslo así, de otro orden de cosas mas elevado y perfecto de las que hasta entonces le habían rodeado; la iniciación vaga é indefinible de otros

desear y otras necesidades distintas de las que hasta entonces constituyeran su existencia; la despedida de la vida material, la entrada en el mágico y peligroso recinto de las ilusiones, de los ensueños y de la vida del alma.

Detúvose largo tiempo admirando las formas finas á par que gallardas, y la mirada inteligente de la hermosa yegua, que alzando la cabeza cuanto le permitían las riendas que la sujetaban, le vió acercarse sin el menor recelo; mas luego, juzgando que el dueño de aquel animal no debía hallarse lejos, miró en derredor suyo, y no viendo persona alguna se dirigió hácia un sitio donde creyó encontrar el objeto que buscaba, por la siguiente circunstancia:

Uno de los marqueses de Guadalupe, abuelo del actual poseedor de este título, á cuya familia pertenecía la quinta, junto á la que termina el bosque por un lado, mandó construir una especie de silla de madera, en un paraje en que aclarando la aspereza forma al modo de un gabinete de verdura, perfectamente situado á la orilla del río, y en donde la naturaleza ostenta toda su riqueza y lozanía; pero como las lluvias del invierno destruyesen en parte aquel asiento, en la siguiente primavera hizo construirla de piedra, con objeto de gozar cómodamente de la amenidad y frescura de aquel sombrío recinto, al cual desde entonces los habitantes de los alrededores dieron el nombre de *silla del marqués*, aludiendo á la que allí había.

Mas como nuestra historia tiene su principio, y en cierto modo su desenlace en este mismo sitio, nos creamos obligados á hacer una ligera descripción de él. Comprendiendo el noble propietario que le dió su nombre, que perdería toda su belleza y poesía en el momento en que le profanasen el arte y la mano del hombre, le dejó en su primitivo estado: así pues solo debía su belleza á la admirable fecundidad de su vegetación. Enormes castaños de Indias, álamos blancos, sedosos abedules, entre los cuales descollaban algunos pinos gigantescos, cruzaban sus ramas, formando una especie de dosel, á través del cual se descubría el cielo. Las purpúreas valerianas, el acoro, semejante al lirio, la flor del sauco, que exhala tan agradable olor, matizaban la yerba fina y suave que alfombraba la tierra, entre la cual lucían también sus vivos colores el aciano azul, los blancos alelles, el laurel salvaje, con sus botones encendidos, y finalmente un sin número de esas flores campestres y desconocidas, que nacen donde hay un poco de agua, de aire y de sol.

En medio de esta naturaleza espléndida y animada destacábase la *silla del marqués*, propiamente dicha, que no era sino un asiento de piedra de sencilla construcción, situado entre la orilla del río y una pomposa acacia, que columpiaba sobre él sus penachos blancos, perfumando al mismo tiempo el ambiente. Un gusto esquisito había presidido á la elección de este paraje; pues desde allí, mirando hácia la izquierda, por entre el vallado que sombreaba el riachuelo, único lado en que los troncos de los árboles no limitaban la vista, descubriase la fértil vega que ya hemos mencionado, como un Océano de verdura, entre el cual asomaban algunas encarnadas amapolas, y en cuya parte opuesta crecían muchos árboles frutales, defendidos del ardor del sol por la sombra de los montes, que desde allí se elevaban en cordillera, y de los cuales descendía saltando de Peña en Peña un manantial, que atravesando la vega y el vallado desagüaba en el río del bosque, precisamente junto al sitio que tratamos de describir, al cual por esta circunstancia prestaba mayor encanto y animación.

La margen de este río solamente bastaría á ocupar la vida toda de un naturalista que se dedicara á analizar la diversidad de plantas acuáticas que en ella vejetan, y sobre las cuales zumban millares de insectos, que cuando la luz del sol penetra hasta allí brillan como otras tantas piedras preciosas suspendidas en el aire.

A este sitio pues se dirigió nuestro joven para satisfacer su curiosidad, sin sospechar que aquel instante iba á decidir del destino de toda su vida, aunque sintiendo una extraña agitación que le hizo acercarse muy despacio y detenerse á la entrada de la plazoleta que forma el bosque en aquel paraje. Al pronto no halló en él nada de particular; pero después que adelantando algunos pasos descubrió la *silla del marqués*, oculta hasta entonces por un grueso castaño de Indias, quedóse absorto, fascinado, inmóvil, como un pájaro paralizado por la mirada magnética de una serpiente, ó como un antiguo caballero andante á quien una hada maligna dejara encantado en medio de una floresta.

Mientras permanece en este estado, permitásenos otra corta y última digresión, para mejor inteligencia de los acontecimientos subsiguientes.

IV.

El amor naciente.

Mario, como hemos dicho ya, vivió hasta entonces en un aislamiento casi completo.

Marciana, que no sabía leer, se había concretado á enseñarle ver-

balmente la doctrina cristiana, y el entendimiento del adolescente se resentía como es natural de esta falta de educación: estaba poco menos que en el estado de la infancia, y hubiera podido decirse que le eran desconocidas las pasiones, á no haber comprendido, por sus violentos aunque tardíos accesos de cólera, la fuerza y energía de su organización.

Mas á pesar de que su inteligencia estaba oculta todavía entre las nieblas de la ignorancia, era tan poético y ardiente el corazón que de su madre había heredado, que la áspera corteza, permitásenos esta espresion, con que la soledad y su vida casi salvaje le rodeara, no hizo mas que ocultar y detener por algun tiempo los torrentes de sentimiento y vitalidad que inundaban su alma; al modo que los nublados de un día del estío solo pueden oscurecer un momento el inflamado disco del sol.

Al llegar á la adolescencia sintió vagamente la inquietud de los deseos que se despiertan, los trasportes de los sentidos que se exaltan, aunque sin comprender las nuevas impresiones que turbaban su corazón, expansivo y delicado, que solo esperaba un objeto que fijase y esclareciese estas misteriosas aspiraciones.

(Continuará.)

AL SOL PONIENTE.

MEDITACION.

A MI AMIGO FLORENCIO DE ORMAECHEA.

¡Con cuán lenta majestad,
noble luminar del día,
camina tu claridad,
de la azul region vacía
por la vasta inmensidad!

Puebla tu luz bendecida
tierras y mares y vientos,
y á tu fuerza enardecida
tornan de nuevo á la vida
los dormidos elementos.

Por la region celestial,
entre celajes de tul
vas, gigantesco fanal,
á perderte en el cristal
de ese inmenso espejo azul.

Y palidecen los rayos
de tu luz deslumbradora;
tu rapidez se aminora,
y entre lánguidos desmayos
tu disco se descolora.

Y como á pederte vas
en el remoto Occidente,
el corazón y la mente
preguntan si volverás
por las puertas del Oriente.

Volverás, sí, en tu esplendor
á animar tierras y mares
con fuego generador,
é inmensos himnos de amor
se alzarán en tus altares...

Mas al ver esa del día
postrera luz moribunda,
siento presa el alma mía
en misteriosa y profunda
y santa melancolía.

Que eres imagen, oh sol,
del zénit en la altitud
de la fuerza y juventud;
y tu pálido arrebol
presagio del atahud!

¡Quién sabe, oh sol, si mañana
cuando torne el mundo á verte,
por decretos de la suerte
cuanto es en mi vida humana
será presa de la muerte!

¡Si este osado corazón
en que hoy sangre hirviente late
y la altanera razón,
no oirán ya la confusión
de este revuelto combate!

Y, empero, el alma atrevida
y el rápido pensamiento
reluchan con ardimiento,
sin contemplar que es la vida
un efímero momento!

Sin ver que aquesa ambición
que en incesante agonía
turba el pecho y la razón,
sueño es de la fantasía,
delirio es del corazón!

—Miserable humanidad
á tantas glorias creada
por la suma potestad:
¿nunca serás perdonada
de tu primera maldad?

Por tu soberbio pecado
te condena un Dios airado
á recoger ¡oh dolor!
en llanto y sangre amasado
el fruto de tu sudor!

Raza de ángeles caídos,
del cielo desheredados,
que naceis entre gemidos,
y vivís desesperados,
y morís desprevenidos:

¿Por qué la vida adoráis?
¿por qué á la muerte temeís?
—¡Tanto el bien desconoceis,
que el dolor idolatráis
y la dicha aborreceis!

¡Oh padre sol! si mañana
cuando torne el mundo á verte
fuera presa de la muerte
cuanto es en mi vida humana,
por decretos de la suerte:

¿De cuánto fiero dolor,
de cuánta amarga inquietud,
me libertara en su amor
el SUMO DISPENSADOR
de la dicha y la virtud!

—Tú, en tanto, oh sol, por igual
en tu carrera gentil,
viertes tu puro raudal
sobre el áspero erial
y el aromoso pensil:

Que eres imagen sensible
de la SUMA POTESTAD,
y al bien y al mal impasible,
sigues tu curso apacible
con serena majestad!

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.